

VIDA Y HECHOS

La táctica española en Indias

Al hablar de la táctica guerrera que el español llevó a las Indias, parecería lógico deducir de los elementos en presencia, una valoración del desembarco. Y sin embargo la característica que viene a tipificar la Conquista en la historia militar moderna no está determinada por la esencialidad de la invasión desde el mar, por más que, claro está, sea la única vía logística hasta las bases de partida y el necesario apriorismo de toda operación. Hoy el desembarco ha entrado en una fase de perfección y de habitualidad que le hacen tan positivo como cualquiera otra vía de invasión, pero durante muchos años ha existido el tabú del poder defensivo de la costa, como en menor escala el obstáculo difícil de las líneas fluviales. No obstante en épocas anteriores a la Conquista tiene el desembarco una valoración bélica, importante, entendiéndose, como es natural, el desembarco obstaculizado, las playas defendidas, las costas movilizadas en vigilancia activa.

Pero en la Conquista pocas veces se tiñeron las playas con sangre combatiente. No queda excluida con esto la toma de contacto que en muchas ocasiones se realizara en esta primera línea ni se olvida que casi siempre las expediciones de insignificantes contingentes, tomaron tierra en playas solitarias amparadas en la sorpresa.

Sin embargo, se aprecia una constante de preferencia de luchas en el interior, tierra adentro, lo cual me parece ya suficiente para determinar el carácter bélico del enemigo que se ofrecía a nuestros conquistadores. Un enemigo que estratégicamente prefiere el terreno cubierto, el golpe, la celada y la asechanza. Y que en el terreno abierto busca siempre el copo, con fuerzas de una inmensidad fabulosa si se compara con las menguadas mesnadas españolas.

Esto sirve para apreciar la suprema diferencia que separa a las dos fuerzas. Dos mundos distintos se encuentran enfrentados, lo cual ha sucedido contadas veces en la Historia y no siempre con éxito para los que representaban en el momento a la cultura. El hecho de que inmediatamente tras el arma aparezca el contraarma, denuncia una adaptación rápida de la voluntad al medio, pero no han sido muchas las ocasiones en que fué necesario que una generación combatiente adoptara dos versiones distintas de pelear. Recordemos la rota de Zalaca, en que el estilo guerrero de las tropas castellanas, de improviso, se encuentra ante una táctica no esperada y sufre Alfonso VI su más grande quebranto.

El momento militar europeo en el Renacimiento destaca con caracteres bien definidos, como fruto de una evolución realizada a lo largo de los siglos.

En esta manera de pelear podían y debían estar duchos los soldados que combatieron en las Indias, pero lo genial es su maravillosa agilidad para inventar otro género frente a un enemigo que no se ceñía a la pauta de los campos europeos, donde se movían los lansquenets y suizos, los soldados del Emperador, los tercios, como peones de un ajedrez maduro de mil años de individuación hacia la que habían llegado gracias a la institución de la Caballería en la Edad Media.

Con Jerjes y Darío llega a su cénit el estilo asiático, de grandes masas combatientes, domadas después por la concreta cuña de la falange griega que viene a imponer un sentido disciplinado de razón breve, potente y eficaz. En la Edad Media la lucha se personaliza y los efectivos quedan reducidos. Solo recuerdo en esta época, en su alborear, claro es, una batalla de estilo asiático: la de los Campos Cataláunicos. Pero en general la lucha va evolucionando hacia una concepción humana y personalista: el duelo.

Por eso es extraño que mentalidades renacentistas como son las de los héroes de esta gesta lleguen a intuir una nueva táctica, distinta en absoluto a la que dominaba en los campos de Europa por esas fechas, y a crear esa lucha a la española, tan poco estudiada y conocida que tuvo como premio la Conquista.

Y más aún, más admirable aún, que esta nueva táctica fuera una exaltación de los principios espirituales renacentistas, alzaprímado al hombre hasta la categoría de héroe, precisamente cuando la masa avasallaba todo lo «uno».

Por entonces los ejércitos en presencia solían ser de reducidos contingentes. Grandes capitanes de la época no ejercieron su mando más allá de una División, unidad que en la actualidad concreta un objetivo pero no abarca una misión. Con esta fuerza se daban batallas decisivas que hoy requieren como mínimo un Ejército.

Aún mayor es la desproporción con nuestra idea, de los efectivos en las Indias. Agobia nuestra capacidad admirativa pensar que Hernán Cortés, para la conquista de un imperio dotado con cientos de miles de combatientes, ejerciera su genial capitanía sobre quinientos ocho soldados, tres artilleros —entendiendo por artilleros aquellos que sabían de pólvora—treinta y dos ballesteros, trece escopeteros, cuatro falconetes... Es decir que el más brillante de los conquistadores, el de mayores recursos (Pizarro no reúne sino la cuarta parte) domina Méjico con la voluntad de quinientos hombres y el genio de un coloso.

Para comprender esto, y para comprender como surge la nueva táctica hay que tener presente que la concepción militar española va mejor que con los ejércitos de masas, con el concepto griego, aristocrático, mítico del guerrero que combate cabe los muros de su ciudad. Cuando el Cid pelea a la vista de Doña Jimena, a la vista de las blancas torres de la ciudad bien ganada, Valencia se asemeja a Troya y el romancero tiene resonancias homéricas.

Frente a la masa ululante, entre el ahogo cobrizo y frenético de la carne india, el soldado es un hito almenado y heroico, y su decisión es personalísima. Se precisa una capacidad de reacción independiente porque cada hombre es un ser y no una célula en una masa informe.

La táctica española que nace en las Indias denuncia la preocupación vigilante por salvar la personalidad guerrera, en peligro de ser barrida por la masa. Es la lucha de lo occidental frente a un nuevo Oriente. El cerebro ha de estar pronto para desentenderse con rapidez de enemigo, multiplicarse y

y evitar el ser avasallado por el número. No es posible el duelo que en Europa respeta la decisión del empeño de cada dos combatientes. Se precisan medios expeditivos en la lucha cuerpo a cuerpo. En la pelea a *manteniente*, formación en *haces*, ataque al núcleo enemigo mejor organizado. Los caballeros no pueden arremeter con la lanza baja como es costumbre en los campos de batalla europeos. Estaba el enemigo avezado a prender la lanza en su firme tropel numeroso y a desarmar al caballero, por lo que éstos habían de salir a media rienda, «las lanzas por los rostros hasta romper los escuadrones.»

Cada soldado ha de luchar solo, tirando a fondo y embistiendo de punta, sumergido en un caos inmenso de enemigos, mil veces mayor en ocasiones; arrojando la estocada directa y matando de un solo golpe, porque el peligro mayor que reconocen es el cansancio. Nunca se abre una brecha; siempre se cierne el agresivo ahogo monstruoso de una masa inextinguible en la que puede naufragar el temple del mejor soldado.

Se personaliza tanto cada hombre en esta lucha y tiene Bernal Díaz del Castillo, el cronista de Cortés, tales deliquios al describirlos, que nos parece conocer a cada héroe como a los mejores capitanes de otra gesta cualquiera. Y no eran sino simples soldados, compañeros de aquel que, siéndolo también, nos ha legado sus retratos y al propio tiempo el valioso documento de su presencia, para el estudio de una táctica genial.

Bernal Díaz tasca muchas veces su emoción descriptiva porque relatar todo al pormenor «sería cosa para nunca acabar e parecería a los libros de Amadís o de otros corros de caballeros». Y verdaderamente la caballería andante pudiera encontrar ayuda a su fantasía en la gesta de los campeones españoles que todo lo ganaron con el escaso bagaje militar que hoy a la altura de los tiempos se nos antoja fabuloso.

Nada puede ser bastante para escatimar a los conquistadores su puesto junto a los grandes capitanes de todos los siglos: Al lado de Epaminondas, Alejandro, Cesar, Napoleón—todos ellos con mayores recursos—pueden destacarse los «cuatro Césares» del nuevo mundo, o por lo menos los infatigables vencedores de Méjico y Perú. Y detrás, toda una pléyade ilustre de modestísimos soldados, aventureros a los que ninguna interesada superchería puede rebajar su heroísmo. Sería preciso saber cómo hombres de otra raza habrían reaccionado ante la presión incontenible del número, y si también podían haber dejado en la Historia como ellos, la estela brillante, de preclara estirpe militar de estos creadores de una táctica.

JULIO CIENFUEGOS LINARES.

ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

¡YA ESTA AQUI LA FERIA..!

POR DANHUR.

Los que vivimos aquellos tiempos de tranquilo y plácido bienestar, de ritmo sencillo y austero, añoramos ahora, con tristeza y alegría, su pasado: tristeza porque allí quedaron los mejores años de nuestra juventud, y alegría porque su evocación revive en espíritu su disfrute.

Recordamos que las fiestas de nuestra feria anual eran esperadas con desbordante entusiasmo. Cuando llegaba el mes de Abril, comenzaban los fantásticos augurios, y empezaban también las preocupaciones, haciéndonos meditar sobre los gastos extraordinarios que había de originarnos. Y, consecuentes con ello, nos imponíamos el ahorro de algunas pesetillas—¡solo Dios y nosotros sabíamos a costa de qué privaciones!—, que nos proporcionaba luego cierto postinoso *despilfarro*. Así conseguíamos reunir la por entonces fabulosa cantidad de cuarenta o cincuenta pesetas, y aún nos quedaba cierto residuo—¡oh milagro de buena administración!—, para durante el verano, permitirtos el sibarítico placer de tomar algún que otro helado de cuarenta céntimos, ¡de copa y con barquillos!, en los aguaduchos de la Plaza. Y fumábamos *susines*, de los de papel negro y dulce, que desnivelaba de forma alarmante nuestro presupuesto dominguero, pues esa labor, de gran lujo, costaba 85 céntimos, con 16 cigarrillos el paquete.

Y, ya en vísperas de feria, se empezaba a hacer gimnasia visual. Se estaba atento a las instalaciones de casetas en el paseo de la Plaza, llevando la cuenta de las que se iban ocupando. Esta era la de los turrones y los dátiles, porque el viejecito que hacía sus preparativos se tocaba con un turbante colorado de luenga y sedosa borla, la caseta del Moro, como se la llamaba; esa otra era la de la gran rifa, y aquélla la del tiro al blanco.

En una de las entradas del paseo se colocaba el tenderete donde más bullía la chiquillería; era el puesto de las pelotas de trapo con la goma, a diez céntimos la pieza, primera mercancía que se ponía a la venta y, por consiguiente, allí se gastaban los primeros cuartos. Esta infantil diversión, que por cierto alcanza ya a los que han llegado a la pubertad, subsiste en todo su esplendoroso apogeo.

El campo de el Rodeo, el día 27, era visitado por casi todo Cáceres, para anotar las probables cabezas de ganado que entrarían aquella tarde y noche, o al siguiente día, muy de mañana; y, al mismo tiempo, para contemplar las seis u ocho casetas que ya ofrecían al curioso visitante el deleite de unos sabrosos trozos de pescado frito con el incitante *bouquet* del tinto de Ceclavín y Montánchez.

Y, luego, ¡el delirio!: la chiquillería acababa de descubrir que en la Plaza de San Juan se estaba descargando el Circo Borza, máxima atracción de los espectáculos populares. Y también han llegado los caballitos del tío vivo. Y